

La hermenéutica marceliana sobre el tema de la fidelidad

José Luis Cañas Fdez.

El tema de la *fidelidad* juega un papel angular a lo largo de la obra de Gabriel Marcel. En el presente trabajo pretendemos asomarnos a esta "categoría" filosófica, una de las más reveladoras del "misterio del ser" de todo hombre, que se sitúa, más allá de los datos deductivos abstractos, en las personas concretas que reconocemos.

"Estamos en el orden de lo que debe ser reconocido, más que comprendido" (ME, 303)¹.

¹ Citamos las obras de G.Marcel bajo las siguientes **SIGLAS**:

DH: *La Dignité Humaine et ses assises existentielles*. París: Aubier 1964. 219pp. (Curso en la Univ. de Harvard en 1961).

DS: *Le Declin de la Sagesse*. Trad. Beatriz Guido bajo el título *Decadencia de la Sabiduría*. Buenos Aires: Emecé editores 1955. 111pp.

EA1: *Être et Avoir I (1928-1933)*. Trad. Félix del Hoyo bajo el título de *Diario Metafísico*. Madrid: Guadarrama 1969. 218pp.

HC: *Les Hommes Contra l'Humaine*. París: La Colombe 1951. 208pp.

HV: *Homo Viator. Prolégomènes à une métaphysique de l'espérance*. París: Aubier 1963 (2ª). 375pp.

JM: *Journal Metaphysique (1914-1923)*. Trad. José Rovira bajo el título de *Diario Metafísico*. Buenos Aires: Losada 1957. 329pp.

ME: *Le Mystère de L'Être*. Trad. Mª Eugenia Valentié bajo el título de *El Misterio del Ser*. Barcelona: Edhasa 1971. 311pp. (Conferencias en la Univ. de Aberdeen en 1950/1951).

PA: *Position et Approches concrètes du Mystère Ontologique*. Trad. Jose Luis Cañas bajo el título de *Aproximación al misterio del ser*. Madrid: Encuentro 1987. 90pp.

PI: *Presence et Immortalité (1938-1943)*. París: Flammarion 1959. 235pp. (Tercer diario metafísico. Contiene además *L'Insondable*, pieza teatral inacabada de marzo de 1919, pp. 195-234).

RI: *Du Refus à l'Invocation*. Trad. Alberto Gil bajo el título de *Filosofía Concreta*. Madrid: Revista de Occidente 1959. 283pp.

R-M: *Entretiens Paul Ricoeur-Gabriel Marcel*. París: Aubier 1968. 131pp.

1. Contexto filosófico de la fidelidad según Gabriel Marcel

Al igual que otros pensadores existenciales, Marcel intentó diversas vías de acceso al ser a través de la descripción de experiencias y vivencias personales de nuestra existencia relevantes como son el amor, la fidelidad y la esperanza. En el presente trabajo pretendemos asomarnos al tema de la *fidelidad*, ciertamente uno de los datos existenciales más reveladores del "misterio del ser", del misterio del ser personal, según G. Marcel.

"Del ser como lugar de la fidelidad. ¿Cómo se explica que esta fórmula que ha brotado en mí en un instante dado, presenta para mí la fecundidad inagotable de ciertas ideas musicales? Acceso a la ontología" (EAl, 51). Esta nota, no fechada, del segundo diario metafísico adquiere valor de punto de partida en el conjunto de la obra marceliana, puesto que esboza las bases de una solidaridad entre la filosofía del ser y la filosofía de la libertad.

Aludiendo a este texto, desde un punto de vista metodológico, observa A. López Quintás que "importa advertir que cuando Marcel atribuye a su Filosofía una 'esencia musical', quiere indicar que sus diversos temas van surgiendo a impulsos y conforme al ritmo de la inspiración, sin más orden y Sistema que el dictado por su dialéctica interna [...] Tal vez quiera con ello dar ejemplo de absoluta fidelidad al ritmo natural del pensamiento, y reaccionar contra el artificioso cultivo de la forma y la Lógica formalista que agostó la lozanía del conocer"².

La etiqueta de "irracionalismo" respecto al mundo del sentimiento representado aquí por la fidelidad, está inspirada en gran parte por el desconocimiento del estatuto ontológico de los sentimientos espirituales, en el sentido más amplio de esta palabra "espíritu". Uno de los mayores méritos de Gabriel Marcel consiste precisamente en haber abordado el estudio de este tipo de realidades que tradicionalmente fueron consideradas por los filósofos como irracionales³. "Entre los contrasentidos a los que pudo dar lugar mi obra —escribe Marcel— entre quienes la han conocido sólo parcialmente... uno de los más serios es el que consiste en interpretar mi pensamiento en un sentido irracionalista" (DS, 9). La importancia que dio Marcel a la fidelidad, la esperanza, el amor, etc., afirmó a muchos críticos de este tipo de realidades en la sospecha de irracionalismo. Pero lo "irracional", si tiene cabida en Marcel, no quiere indicar sino el modo de conocimiento de lo trascendente. La Filosofía —afirma Jaspers— exige que se respire libremente, y el clima necesario para ello lo crea la razón. Y es la razón la que descubre el misterio, lo universal y lo trascendente.

² LOPEZ QUINTAS, A.: *Metodología de lo Suprasensible I*. Madrid: Editora Nacional, 1963. Pp 565-568.

³ Pensar contra la lógica ya afirmó Heidegger que no significa romper una lanza por lo ilógico, sino tan sólo repensar el *logos* y su esencia tal como fue vista en los primeros tiempos del pensamiento.

Hemos de convenir, pues, que para abordar el misterio del ser hay experiencias privilegiadas que nos ofrecen aproximaciones o semejanzas más claras y nítidas que otras. En la elucidación de estos datos el hombre experimenta al máximo y al mismo tiempo el conflicto interior que le desgarran y las exigencias absolutas que le solicitan desde dentro, lo cual nos permitirá reconocer –no teóricamente y en el plano del pensamiento abstracto cuya objetivación puede ser discutida, sino efectiva y activamente– que hay en el hombre “un cierto permanente ontológico” (PA, 64), “por oposición a la permanencia inerte o formal de una ley” (EAI, 148). De manera que estos “temas experimentales” nos sirven de aproximaciones concretas al misterio del ser.

La fidelidad, como otros “temas espirituales”, se nos presenta como una actitud efectivamente llena de sentido y cargada de intencionalidad. Se ha dicho que el sentimiento es el órgano de reacción ante lo trascendente. No se trata, en modo alguno, de una metáfora. El sentimiento de la fidelidad es, por ejemplo, una respuesta con sentido a la llamada de lo profundo. Esta es la respuesta que descubre y que vive Marcel. De ahí que todo su empeño filosófico lo dirija hacia el objetivo de restablecer el sentido originario del amor, la fidelidad y la esperanza, como experiencias universales que no dependen del estado subjetivo de la persona. Si se piensa que responden a algo “subjetivo” se propende a verlas en relación causal con el sujeto, siendo así rebajadas al plano meramente vital. Pero tampoco han de verse como simples experiencias “objetivas”. El espíritu humano no se adapta con absoluta facilidad a lo objetivo, sino que lo desborda, para instalarse al nivel de *lo profundo* de acuerdo con la condición flexible de la realidad.

La vida funcionalizada –nos dice Marcel– es de una “tristeza asfixiante” por falta de trascendencia, de la capacidad de sorpresa siempre nueva ante lo que nos desborda y sostiene⁴. Sobre todo, cuando se pierde la capacidad de sorpresa ante los demás, ante los otros. Existir es propio de la esencia del otro; yo no puedo pensarle en cuanto otro sin pensarle como existente (EAI, 129, adaptado).

Si admitimos que los otros no son más que nuestro pensamiento de los otros, inmediatamente se hace imposible romper el círculo trazado alrededor nuestro. En la medida en que el sujeto coloca objetos en su propio seno la existencia de los otros llega a ser impensable. Al tratarle como él, reducimos al otro a no ser más que naturaleza: un objeto animado que funciona de tal forma y no de tal otra. Por el contrario, al tratar al otro como tú (Buber), le tratamos y le entendemos como libertad: como libertad porque él es también libertad. Todavía más: le ayudamos de alguna forma a ser libre, colaboramos en su libertad, fórmula que parecerá muy paradójica y contradictoria pero que el amor no cesa de confirmar. Merced a su liber-

⁴ En *Homo Viator* (HV) y en *Les hommes contre l'humain* (HC) ha escrito Marcel, al respecto, algunas de las páginas tal vez más inspiradas de la literatura filosófica contemporánea.

tad el hombre tiene siempre la facultad de rehusar o de invocar de indisponibilidad o de disponibilidad, a su gusto. Siempre el problema, de un lado, y el misterio, de otro; siempre el tener y el ser. El perpetuo o cilar entre disponibilidad e indisponibilidad es acceder o negarse al diálogo, acceder o negarse a la trascendencia.

Partiendo de estos datos existencial nos será posible entender mejor la fidelidad y la disponibilidad en la condición humana. Gabriel Marcel hace ver que la fidelidad a sí mismo no es más inteligible que la fidelidad a otro. Alguien pensará que la fidelidad a sí mismo supone una prioridad; nada de eso. La verdad está más bien en lo contrario: sin duda yo me soy menos inmediatamente presente a mí mismo que lo es aquel al que he dado mi fe. Pero mi fidelidad a otro ¿no estará, en realidad, determinada por la idea que me formo del otro, idea que en cierto modo me representa? Tal interpretación es errónea. Es evidente que somos fieles muchas veces a seres de los que nos hemos formado una idea absolutamente falsa; nos haría falta corregir esa imagen idealizada, destruir un mito que, más o menos totalmente, hemos fabricado.

Sin embargo, la fidelidad no es cosa que pueda exigirse; no sería justo pedirla o imponerla a otro. No se trata de prescripciones a las que se deba obediencia; la fidelidad es creadora porque es libre, y doblemente para quien la práctica y para quien se beneficia de ella. La verdadera naturaleza de la fidelidad –según Marcel– es ser testimonial, el testimonio está en la base de la “fidelidad creadora”⁵.

2. La fidelidad creadora

“Del ser como lugar de la fidelidad” (EAL, 51; RI, 192; DH, 91-92).

Ciertamente la fidelidad juega un papel fundamental en el pensamiento de Gabriel Marcel, un “role axial” (R-M, 46). En sus comienzos filosóficos ocupó su atención en un artículo titulado “Remarques sur l’Iconoclaste”, que publicó el 27-I-1923 en la *Revue Hebdomadaire*. Después aparece en una nota del segundo Diario Metafísico, el 28 de febrero de 1929 (EAL, 19). Y, como un ámbito envolvente de inspiración creadora, alimenta toda su obra posterior, después de haberse encarnado en su propia vida. Nada más examinar en las primeras páginas de *Ser y Tener* la significación del ser y del principio de identidad, Marcel se interrumpe de pronto para exclamar: “Del ser como lugar de la fidelidad” (EAL, 51), fórmula que se le presenta con la fecundidad inagotable de algunas ideas musicales.

Este hallazgo del año 1929 será fuente de elaboración posterior de enorme importancia para él: en *La Dignité Humaine*(DH) y sobre todo en *Du Refus a l’invocation*(RI), hablará “Del ser como lugar de la fidelidad” (DH,

⁵ Sobre el concepto de *fidelidad* en general véase PLOURDE, S.: *Vocabulaire Philosophique de Gabriel Marcel*. París: Ed. Du Cerf, 1985. pp. 248-259.

91-92; RI, 192), como de un descubrimiento definitivo de su investigación filosófica. La fidelidad y la disponibilidad se encontrarán constantemente presentes en su obra. Además de un ensayo especial consagrado a este tema, "pertenencia y disponibilidad" (RI, 51-72), al hablar de la muerte, del sufrimiento, o de la traición, Marcel se planteará siempre el problema de la disponibilidad y de la fidelidad. Esta sería una de las mayores originalidades de su filosofía concreta: el estudio de la intersubjetividad desde las "categorías" de fidelidad y de disponibilidad. Posiblemente ningún filósofo contemporáneo se ha expresado a este propósito con tanta insistencia.

En *Être et Avoir* los puntos de vista sobre el tema de la fidelidad son constantes, todos ellos interconexiónados con la fe, la esperanza y el amor, puntos de vista que, según confesión posterior, serían absolutamente ininteligibles sin la distinción entre problema y misterio (RI, 94). Poca importancia ha concedido la filosofía contemporánea al tema, y sin embargo, para Marcel constituye uno de los pilares fundamentales del pensamiento existencial: "la fidelidad se ha aclarado a mis ojos a partir del tú, a partir de la presencia misma interpretada como tú" (RI, 169). Más bien, entre los pensadores contemporáneos, y en particular entre los incluidos por Nietzsche, la fidelidad será juzgada sospechosa y asimilada a una especie de deserción irracional, aunque en realidad "la fidelidad no tiene nada de conformismo inerte" (PA, 65)⁶.

Péguy sería quizá uno de los pocos autores en que podríamos encontrar determinados elementos de una metafísica de la fidelidad. Se lamentó Marcel de que el tema de la fidelidad apenas llamó, en general, la atención de los filósofos modernos, y esto debido a razones metafísicas, pero que, en última instancia, remiten mediante la libertad personal a la "deserción del ser". "El dato fundamental es aquí el hecho de que puedo tomar posición frente a la vida considerada globalmente, que puedo rehusarla, puedo desesperar" (EAL, 117-118).

La experiencia de la fidelidad no puede ser apreciada como tal por una persona más que si presenta un elemento de espontaneidad esencial, que es en sí radicalmente independiente de la voluntad de esa persona. Veamos algunos ejemplos que nos propone Marcel:

Entro en un partido político; todo lo que los miembros de este partido o su comité director podrá exigir de mí será que me conforme de una manera regular y estricta a una determinada disciplina. Puede ocurrir que yo no me someta más que a regañadientes, que algo en mí proteste ásperamente contra esta sujeción que ejerce mi partido sobre mí; pero esto no interesa directamente al comité o a los otros miembros, salvo en la medida en que esta insubordinación secreta podría hacer temer una traición o una defección ulterior. Únicamente por razón de estas secuencias posibles podrán ser llevados, si adivinan mi estado de espíritu, a aconsejarme que me retire del partido. Y esto es grave porque se puede decir que la pertenencia a un partido supone: o

⁶ Ver también (HV, 169-170; DH, 93).

bien dejar subsistir una constante separación entre las palabras o los gestos de un hombre y su pensamiento o su sentimiento verdadero, o bien concluir en un alistamiento, lo que no es menos fastidioso, porque la persona tiene que suprimir su espontaneidad interior. Cuanto más organizado está un partido, tanto más favorece este dilema. Lo mismo sucede en el caso de una unión conyugal en la que un esposo no es fiel al otro más que por puro sentimiento del deber. Aquí la fidelidad se reduce a la mera constancia. O el caso de alguien que está al lado de un enfermo, al que ha ido a ver quizá por simple cortesía pero comprueba que su visita le ha producido gran alegría, y entonces se compromete a ir a verle regularmente (EAL, 59-60, adaptado).

Del análisis de estos ejemplos hemos de concluir que la personalidad *trasciende* lo que podemos llamar sus estados de ánimo peculiares e instantáneos. En realidad, cuando adquirimos un compromiso decimos por principio que este compromiso no volverá a ser puesto en tela de juicio. Está claro que esta voluntad activa de no volver a poner en tela de juicio interviene como factor esencial en la determinación de lo que será y permanecerá en el futuro. Y aquí aparece en su forma más elemental la *fidelidad creadora*: la "construcción" futura del ser personal depende de la fidelidad a un compromiso existencial previo. Nuestra conducta estará animada por el acto que ha consistido en decidir que el compromiso adquirido no volverá a ser puesto en tela de juicio.

Si nos preguntamos cómo podemos hacer realmente la experiencia de la seguridad inicial que está en la base de nuestra fidelidad, en realidad entramos en un círculo vicioso, sin salida. Teóricamente, para comprometerme debo primero conocerme; pero de hecho no me conoceré realmente si primero no me he comprometido. He aquí la paradoja existencial de los fenómenos más humanos: que son reversibles, es decir, que para comprenderlos antes hay que vivirlos. La experiencia de la fidelidad a un ser concreto se presenta, para el que la vive y no la considera espectacularmente desde fuera, como algo que no se reduce a un apego de conciencia a sí mismo. Entonces estamos en mejores condiciones de entender por qué la fidelidad no lo es tanto si no es creadora (PA, 63). Creer en otra persona es verla como situada más allá de todo juicio referente a un dato objetivo cualquiera. Y, desde luego, a partir de este descubrimiento, para Marcel la única fidelidad auténtica será la "fidelidad creadora" (EAL, 119)⁷.

Pero ¿qué significa ser fiel creadoramente, y qué condiciones se requieren para que exista un ser capaz de esta fidelidad? Tomemos un ejemplo sencillo (EAL, 52; RI, 180 y ss): Yo he ido a ver a mi amigo en el hospital. Su vida se acerca al fin; él lo sabe, él sabe que yo lo sé. En presencia del terror que se acerca cada día más, en presencia de su soledad y su conmovedor esfuerzo por tener valor, todo mi ser se inundó de compasión, con una necesidad de estar a su lado a toda costa. Prometí fielmente volver a verle

⁷ Ver S. Plourde, 1985: 252 y ss.

muy pronto. Cuando hice esta promesa, mi sentimiento era completamente sincero. Pero han pasado algunos días y lo que yo sentí en aquella ocasión es sólo un recuerdo. Me digo que debo ir, que él merece mi compasión, que debo sentir como entonces...

Si la fidelidad es una victoria sobre el tiempo, “el único medio de que disponemos para triunfar eficazmente del tiempo” (RI, 173), no hay que concebirla como un encasillamiento en una especie de identidad formal no envuelta en el devenir temporal. Para el hombre del ejemplo anterior, mediante la fidelidad trasciende su propio devenir y alcanza su ser personal, su ser más auténtico. Es decir, el ser que revela la fidelidad es un ser que la fidelidad crea (RI, 223-224). De ahí que cuando Marcel habla de “fidelidad creadora” quiere decir eso literalmente: la fidelidad crea el yo personal, el yo como no-objeto.

Ahora lo que procede es preguntarnos “en qué condiciones puede ser creadora una fidelidad” (RI, 189). Uno podría pensar que la esencia de la fidelidad consiste en una íntegra y firme adhesión a su “palabra”. Pero ese modo de pensar acabaría reduciendo la fidelidad a fidelidad consigo mismo⁸. El otro se convierte en una mera ocasión para atestiguar y manifestar la imagen que uno quiere tener de sí mismo. Todo el mundo reconocerá que esa actitud se da, pero ¿es correcto llamar a eso fidelidad? Lo que falta es la *presencia* (PA, 64). La fidelidad no es una dedicación árida a la preservación de la fama y la estima propia; su eje no es el yo, sino el amor a la otra persona. Marcel declara sucintamente que la fidelidad es la “activa perpetuación de la presencia” (PA, 66; RI, 174). Es la presencia espontánea y no impuesta de un yo y un tú. “La fidelidad se ha aclarado a mis ojos a partir del tu” (RI, 169).

La creatividad que pone en juego una persona fiel trae a primer plano el papel metafísico de la fidelidad. Este papel es doble. La fidelidad revela la unicidad de mi propio modo de existencia y revela la verdadera cara del ser. ¿Qué condiciones se requieren para que exista un ser capaz de fidelidad? Sólo que tal ser *trascienda* la condición de una “cosa” determinada. Pero un ser que es fiel es también un ser que puede traicionar. El reino de la fidelidad es el reino de la libertad. El ser que existe mediante la fidelidad es un descubrimiento creador y no un hecho automático.

La fidelidad evidentemente supone un “compromiso”, y está fundada en él, ya que uno no puede ser fiel sino a su propio compromiso. Pero hay que distinguir entre una “jerarquía de compromisos”. Existen compromisos condicionales que uno no puede “incondicionalizar”, pues ello es presunción ilegítima como son, por ejemplo, los compromisos políticos, o ciertas opiniones literarias y artísticas. La fidelidad a que se compromete el hombre no ha de ser tampoco a un porvenir cambiante, “sino a un ser que yo no veo la posibilidad de distinguirlo de mí”. La fidelidad al ser, por tanto, im-

⁸ Fidélité à soi-meme. Ver: EA1, 53, 64-65, 70-71; ME, 158; HV, 170-173; DH, 90-91.

plica necesariamente una relación de trascendencia. El acto de comprometerse es incomprensible mientras se identifica el yo con la serie de estados de conciencia sino que es el reconocimiento, concreto y vivido, de un permanente ontológico, de una persona que no se reduce a los fenómenos cambiantes de su vida psicológica. Mediante la fidelidad trasciende su devenir y alcanza su ser.

Por eso dijo atinadamente Marcel de Corte, en la introducción que escribió para la segunda edición de *Position et approches*, que la fidelidad es el tema clave para entender la mejor obra de Marcel: "Toda la parte positiva de la obra de Gabriel Marcel se injerta en ese descubrimiento del lugar [de la fidelidad]. El método que adopta en ese caso no puede menos de ser el del 'perforamiento' [horadamiento] y de la aproximación concreta: la experiencia misma del ser lo exige, puesto que la comunión y el *coesse* no pueden traducirse en razonamientos abstractos de tipo deductivo... Por eso, el método marceliano sintetizará todos los métodos, del mismo modo que la vida se asimila los alimentos más diversos"⁹.

Por lo demás, el mismo Marcel reconoció que su filosofía procede por una vía media entre la razón y el sentimiento: es el camino de las "llamadas" a la experiencia íntima de seres racionales. Su reflexión no excluye, pues, la razón "justificativa" de los hechos, sino únicamente la razón "deductiva", por no adaptarse a la participación ontológica, que exige una intervención esencialmente personal. Por eso buscaremos sus trazas en la fenomenología de la fidelidad que nos propone la literatura marceliana.

3. Fidelidad y misterio

"Es la vida privada y sólo ella la que presenta el espejo en que el infinito viene a reflejarse; son las relaciones personales y sólo ellas las que apuntan hacia una personalidad situada más allá de nuestras perspectivas diarias" (RI, 167).

Con emoción releyó Marcel esta frase del novelista inglés E.M. Forster cuando escribió *Du Refus a l'Invocation*, es decir, su ensayo sobre la fidelidad creadora, que no recordaba haber puesto ya como epígrafe introductorio a la segunda parte del *Journal Metaphysique* (JM, 133), y que tan exactamente traducía una de las convicciones fundamentales que animan su posterior desarrollo filosófico.

En este importante ensayo Marcel quiso llamar la atención sobre el puesto verdaderamente central que la fidelidad ocupa en la economía general de su pensamiento, recordándonos una vez más la estrecha vinculación

⁹ DE CORTE, M.: "Introduction" à *Position et approches concrètes du Mystère Ontologique*. Lovaina /París: Nauwelaerts, 1949, pp. 35-36.

entre filosofía y teatro a propósito de *L'Iconoclaste*, su drama teatral sobre la fidelidad. En efecto, el tema de la fidelidad, –como tantos otros–, fue anticipado en su obra dramática *L'Iconoclaste* que puede ser definida como “la tragedia de la fidelidad”. “La fidelidad aprehendida en su esencia metafísica nos aparece como el único medio de que disponemos para triunfar sobre el tiempo, si esta fidelidad es una fidelidad creadora” (RI, 173).

Cuando habla de la fidelidad como “el reconocimiento activo de un cierto permanente...” (EA1, 118), se refiere al *misterio* de una *presencia* que puede y debe mantenerse ante nosotros como presencia, pero que puede también olvidarse o desconocerse, y que no tiene nada que ver con estar atento o distraído: “La distinción entre presencia y no presencia en ninguna forma se reduce a la oposición entre estar atento y estar distraído” (PA, 71). Por eso la fidelidad “no tiene nada de conformismo inerte, ya que ella implica una lucha activa contra las fuerzas que tienden en nosotros hacia la dispersión interior” (PA, 65). Más sintético: “la fidelidad es la activa perpetuación de la presencia” (EA1, 148). En este sentido habla de una fidelidad creadora como misterio, porque es ontológica en su principio, pues prolonga una presencia que corresponde a una cierta toma del ser sobre nosotros, ahondando esta presencia en el seno de nuestra duración.

Se trata en estos difíciles análisis de explicar cómo se refiere uno a sí mismo como trascendencia en relación con sus estados individuales y a la vez cómo uno no es idéntico a ellos, es decir, resiste a una disolución en una corriente de instantes que pasan. Aceptando las circunstancias contingentes como un don de un ser trascendente, podemos verlas como algo que no es absurdo. Y en ellas va implícito el reconocimiento de la libertad. Un ser que se compromete es libre y se sabe libre. Y esta libertad incluye un riesgo ontológico, el de una negación interna; pertenece a su libertad poder no ser lo que es, poderse traicionar. Pero la traición es, dirá Marcel, lo opuesto a la fidelidad. Sólo manteniendo la unidad y la permanencia de mi ser en el seno de la dispersión y el movimiento de la vida, asumiendo mi pasado, afrontando el presente y forjando el porvenir por una especie de creación continua, vive el hombre en la fidelidad (PA, 63-66), vive en el seno de un misterio que sólo se le esclarece cuando lo vive.

4. Fidelidad a una cosa

En su *Metodología de lo Suprasensible* A. López Quintás observa con agudeza que “la verdadera objetividad nace de una actitud de fidelidad al ser”¹⁰. Pero fidelidad propiamente sólo se puede mostrar a seres dotados de personificación no a las cosas objetuales. Por eso, se comprende que para G. Marcel el amor es la suprema realización de la objetividad personal, y sólo el ser que es digno de ser amado engendra objetividad personal auténtica.

¹⁰ López Quintás, A: *ob. Cit.*, 519521.

Las experiencias que podemos hacer sobre el ser no significan nada si no es que la obligación de existir lo más plenamente posible se nos impone, no desde fuera, sino brotando de las profundidades de nuestro ser. Para ello hemos de comprometer y poner al servicio de este compromiso, que es tensión y riesgo, una *fidelidad*, que llegará a ser el testimonio perpetuo de nuestro ser y de su valor. “¿Cómo puedo prometer, comprometer, mi porvenir? Problema metafísico. Todo compromiso es parcialmente incondicional...” (EAL, 51-52). La fidelidad sería entonces para Marcel el centro de su desenvolvimiento metafísico. Pero descendamos de nuevo a los casos concretos.

En *Homo Viator* hay un texto titulado “Obediencia y fidelidad” (HV, 165-176) donde intenta mostrar concretamente en qué consiste la fidelidad creadora esbozando una “metafísica de la familia”. En estas bellas páginas expone cómo el hombre puede comprometerse fielmente con realidades misteriosas para toda la vida. Hay, dice, un “misterio familiar” (HV, 89) que rebasa todo lo que se entiende comunmente por la palabra “familia” en términos de puro tener. Porque no se trata simplemente de conservar o acrecentar un cierto patrimonio material, sino de participar a la vez en un Valor, es decir, en una jerarquía reconocida y respetada, y en una presencia, que es en mí la de un “nosotros” privilegiado, manifestado por la comunión en un hogar y en un paisaje familiar, en tradiciones y sentimientos, que no se dejan objetivar, sino que son tanto más profundamente vividos cuanto que en ellos encontramos siempre el rostro mismo del amor y el apoyo más seguro de la esperanza (HV, 89-124).

Todo compromiso es relativo a una persona. No hay compromisos con las cosas (objetos), ni con los principios¹¹: “Cuando afirmo de fulano: es un amigo fiel, quiero decir ante todo que es alguien que no falla, alguien que resiste la prueba de las circunstancias; lejos de esconderse, cuando estamos en la adversidad se le encuentra presente” (RI, 174).

“No hay fidelidad sino a una persona, no a una idea o a un ideal” (EAL, 119). Además, todo compromiso auténtico hacia una persona es necesariamente absoluto: se puede limitar, en duración y en alcance, un compromiso relativo a cosas; pero no el que se dirige a una persona, pues una fidelidad afectada de condiciones y reservas no es ya fidelidad, sino desconfianza y suspicacia. Por ello la fidelidad auténtica está fundada en el amor, sello del compromiso con la otra persona, y, además, desconoce el futuro (por definición): “Cuando juro fidelidad –dice Marcel– a un ser, ignoro qué porvenir nos espera e incluso, en cierto sentido, qué clase de ser será mañana; y es esta misma ignorancia la que confiere a mi juramento su valor y su peso. No se trata de responder a algo con lo que se podría contar, absolutamente hablando; lo esencial de un ser es precisamente que ni él mismo ni otro ser puedan contar con él” (EAL, 59). Evidentemente no nos movemos en el ámbito de las cosas, de los objetos, sino en el ámbito de las personas.

¹¹ No hay “Fidelité à une cause, à un princepe” (DH, 96-97; PA, 65).

5. Fidelidad a una persona

Fidelidad, pues, no quiere decir apego a principios abstractos las más de las veces muertos, cuyo seguimiento representa más bien idolatría y traición a la existencia. Se es siempre fiel a una existencia, a una existencia personal. Y existencia personal plena, en toda la extensión de la palabra, la tiene solamente aquel ser que mantiene su promesa y aquel a quien se compromete y obliga. El ser humano es una relación entre yo y tú, es el nosotros (Buber), y esta relación se revela en la fidelidad. De ahí que podamos afirmar que el ser humano es el asiento metafísico en que nace y crece, y desde el que e derrama la fidelidad.

Cuando, a pesar de los cambios de sentimientos y situaciones, podemos ligarnos por una promesa para el futuro, ello obedece a que no somos idénticos a nuestra concepción de cada momento, a nuestra vida, sino a que hay en nosotros algo que perdura y se sobrepasa a través de los estados sucesivos, y ese algo es nuestra personalidad. Es decir, ese *algo* que hay en mí, es de naturaleza *trascendente*. Al obligarme mediante una promesa establezco en mí una jerarquía entre un principio íntimo soberano y una determinada vida, que es imprevisible en sus particularidades, pero que se subordina a aquel principio o, mejor dicho, se obliga a mantenerse bajo su yugo (EAL, 62). El que yo no sepa como es mi futura situación y, a pesar de ello, me obligue, es lo que confiere a la fidelidad su valor y gravedad. La fidelidad no puede prosperar en el terreno de una mera filosofía del devenir (EAL, 66), antes bien, “se halla vinculada a una ignorancia fundamental del futuro” (EAL, 59).

Según Lenz, puede la fidelidad personal ser: fidelidad para consigo mismo (obligación); fidelidad para con el otro (presencia); y fidelidad para con Dios (fe)¹². En primer lugar, como el yo es un obrar sólo alcanza su estabilidad y permanencia mediante la fidelidad para consigo mismo o mediante la obligación y compromiso. Es cierto que existen algunos compromisos de carácter condicional y mutable. Pero existen además otros compromisos que son trascendentes a las posibles experiencias. Tal, por ejemplo, cuando se promete fidelidad a un ser (EAL, 54). Hay “obligación absoluta que yo tomo sobre mí mediante la totalidad de mi ser o al menos mediante una realidad que hay en mí y que no puedo negar frente a la totalidad del ser, sin negarme totalmente a mí mismo” (EAL, 57).

La obligación o compromiso sólo es posible para un ser que no se confunde con su situación momentánea, ni con sus “estados de conciencia”, y que reconoce esta diferencia entre sí y su situación, el cual, por consiguiente, se compromete en cuanto *trasciende* en cierto modo su devenir y sale fiador de sí (EAL, 68 y ss). Ser *persona* significa esencialmente enfrentar una situación dada e insertarse en ella activamente. “Yo me afirmo como persona en la medida en que cargo con las responsabilidades de mis actos y palabras ante mí mismo y ante los demás” (HV, 26). Si mi compromiso no

¹² LE NZ, J.: *El moderno existencialismo alemán y francés*. Madrid: Gredos, 1955, p. 230.

quiere ser mentira y traición, en ese caso debe ser “fidelidad no ya a un devenir, sino a un ser que no puedo distinguir de mí mismo” (EA1, 66).

Nos mantenemos en la fidelidad, y por tanto en la existencia, activamente. “La fidelidad es la presencia eternizada activamente”, “la renovación del beneficio de la presencia”, cuyo poder entraña una misteriosa incitación a la creación. Como la fidelidad completa y prolonga nuestra existencia, es creadora, nos crea (RI, 174 y ss.). Mi ser auténtico, eterno, vencedor del fluir del tiempo, será tal como yo lo cree libremente. Una genuina filosofía del ser es a la vez filosofía de la libertad (RI, 192). Yo soy, o, mejor, yo seré lo que yo quiera ser, lo que me comprometa a ser. Una existencia consiste en una cierta realidad, en una especie de ósmosis; de nosotros depende el que nos mostremos permeables o no al movimiento osmótico. La fidelidad creadora consiste en mantenerse activamente en estado de permeabilidad (RI 193). e verifica entonces un intercambio misterioso entre el acto libre de la fidelidad y el don de la existencia, como respuesta a ese acto.

El pensar en un ser finito produce comunidad con él, un ser con, y esta coexistencia implica negación de ausencia y muerte. Existimos y hacemos existir a los demás en nosotros, cuando vivimos en fidelidad creadora. De alguna manera, pues, mediante la fidelidad personal creamos y nos creamos. Marcel estudia el fenómeno de alguien que realiza un *encuentro personal*. Todo el mundo puede haber hecho la experiencia de lo que significa un *encuentro* desde el punto de vista personal (y sin embargo esto es algo que los filósofos comunmente han ignorado o desdenado, sin duda porque el encuentro no afecta más que a la persona en tanto persona, no es universalizable, no concierne al ser pensante en general). Es evidente que un encuentro de esta índole puede ser tratado como un problema o una cosa, por ejemplo se dice: “Vd. ha encontrado a tal persona en tal lugar porque le gustan los mismos paisajes, porque su salud le obliga a recibir el mismo tratamiento que Vd.” (PA, 41). Pero la presunta identidad de estos gustos o de esta enfermedad no aproxima estas personas, en el sentido real de la palabra no tiene relación con afinidad íntima, única en su género, de que se trata aquí.

Esta presencia es un misterio, e decir, una realidad cuya raíces se hunden más allá de lo que, propiamente hablando, es problemático. Y aquí tampoco sirve decir que tal encuentro es fruto del azar o una mera coincidencia. La persona que interroga acerca del sentido y de la posibilidad de ese encuentro no puede situarse realmente fuera de él ni frente a él; está comprometida en ese encuentro, depende de él, le envuelve y abarca aunque ella no le abarque él. He ahí un misterio.

No existen compromisos puramente gratuitos, es decir, que no impliquen un asimiento del ser en nosotros. “Todo compromiso es una respuesta. Un compromiso gratuito sería no sólo temerario, sino atribuible a orgullo” (EA1, 58). La fidelidad exige la realidad de “otro” ser porque es una especie de creación. Siendo, en efecto, una creación “continuada” no puede darse sin estar “arraigada en el ser” (PA, 61). Ahora bien el orgullo es totalmente incapaz de dar razón suficiente de la auténtica fidelidad, que es de-

sinterés. Por consiguiente, es inútil pretender fundamentar los casos de verdadera fidelidad en una obstinación de amor propio¹³.

En definitiva, –y este es el gran descubrimiento marceliano–, mientras nos mantengamos en el orden de lo problemático, mientras fundamentemos la fidelidad en el conocimiento del otro tomado como un tú (“toi”) identificable en el plano de los objetos, la decepción y el pesimismo continuarán acechándonos inevitablemente. Y, por el contrario, el ser más comprometido en la vivencia a una “fidelidad creadora” es el más abierto al amor y a la esperanza. Para este ser la fidelidad, igual que el amor y la esperanza, es vida en la humildad, no en el orgullo: “la fidelidad, cuando es auténtica y cuando nos muestra u rostro más puro, va acompañada de la disposición más opuesta al orgullo que se pueda imaginar: la paciencia y la humildad se reflejan en el fondo de sus pupilas” (EAI, 70; RI, 186-187). La fidelidad se encuentra entre los seres que menos se preocupan por brillar a sus propios ojos: el rostro de una sirvienta o de un campesino se lo ha revelado... “El ser fiel es el ser disponible”.

6. Fidelidad y disponibilidad

El conjunto de reflexiones sobre el término “pertenencia” domina las investigaciones de Marcel que versan sobre la *disponibilidad*, tal como ésta puede realizarse, no solamente en la fidelidad, sino en el amor, o en la esperanza, o en la misma admiración, cuyo alcance altamente metafísico ha sido siempre reconocido por la filosofía. Vamos a comentar esta categoría que Marcel trata extensamente en el ensayo “Pertenencia y Disponibilidad” incluido en *Du Refus a l'invocation* (RI, 51-72).

El verbo francés *soulever* indica con fuerza y de la manera más exacta y significativa el tipo de acción que ejerce sobre nosotros la *admiración* en función del objeto que lo provoca. De tal manera que cuando con ocasión de una obra musical o poética, por ejemplo comunicamos nuestro entusiasmo a una persona que no lo comparte, no solamente nos parece que el otro permanece en el suelo mientras nosotros volamos, sin que incluso podemos tener la penosa impresión de que nos tira hacia abajo, nos hace caer; y la violencia con la que protestamos contra su actitud mide de alguna manera el esfuerzo que le oponemos.

Lo propio de la admiración es primeramente arrancarnos de nosotros mismos, de nuestro propio pensamiento. Pero no es suficiente decir que la admiración es la negación activa de una determinada inercia interior; es preciso sobre todo observar que puede ser concebida no solamente como un impulso, sino mejor todavía como una irrupción (como una inundación). Pero esta irrupción sólo puede producirse en el seno de un ser que no for-

¹³ La fidelidad no es ni simple salvaguardia, ni constancia... es presencia activamente perpetuada (PA, 66).

me consigo mismo un sistema cerrado, hermético, en el que nada nuevo puede ya penetrar. Más profundamente, hemos de afirmar que la admiración está unida al hecho de que algo se revela a nosotros (RI, 61-62).

Correlativamente con estas observaciones sería necesario estudiar ahora la repulsa a admirar y la incapacidad de admirarse, y ver cómo una y otra traducen una determinada *indisponibilidad* fundamental.

La incapacidad de admirar, la ineptitud para la admiración, presenta problemas ligeramente diferentes pero conexos, y son la causa de lo que se podría llamar "la inercia interior" o también "atonía espiritual". Las comparaciones materiales son aquí casi inevitables: somos tratados como un fichero, un fichero que se pensaría a sí mismo y sería al mismo tiempo su propio archivero. Estamos aquí en el dominio del haber o, más exactamente nuestra experiencia nos aparece de buenas a primeras como no pudiendo ser representada más que en términos de haber.

Pero veamos ahora un caso muy diferente. Alguien que acaba de apelar a nuestra simpatía en una circunstancia dada (RI, 64). También aquí se trata de proporcionar una respuesta, pero de muy distinta naturaleza; ocurre que no está en nuestro poder hacer brotar esta respuesta, perteneciente al orden del sentimiento. Queremos o acertamos a movilizar la simpatía que se nos acaba de solicitar. Desearíamos que fuese de otra manera, y nos es penoso decepcionar a nuestro interlocutor, pero ¿qué hacer? Sólo acertamos a pronunciar ciertas fórmulas que tenemos a disposición, que forman parte de nuestro repertorio que parecen convenir a la situación presente; incluso llegamos quizá a darles una entonación compasiva, pero también suenan a repertorio; todo esto pertenece al haber, como las fichas que comentábamos; no es lo mismo la simpatía afectiva, viva, a la que se apela, y que en realidad no sentimos. Permanecemos extraños al dolor ajeno, no llegamos a hacerlo nuestro ¿por qué? Seguramente puede suceder que, de manera general, nos encontremos opacos, no permeables (RI, 65).

En definitiva, el término respuesta debería ser reservado para designar la reacción totalmente interior que suscita una llamada. Quien pretende obligarnos olvida que somos hombres; en la medida en que le cedemos, cesamos de estar presentes a nosotros mismos, nos vuelve extraños a lo que somos, quizá se podría decir que nos pone en estado de onambulismo. Todos llevamos un peso, un fardo, que en las horas críticas se hace literalmente insoportable; el peso de nuestro pasado, en primer lugar, y también el de lo que habríamos querido hacer y no hemos realizado, de lo que habríamos deseado ser y de lo que no somos (RI, 66).

Filosóficamente no puede existir aquí salvación más que en la reflexión, pero al mismo tiempo es preciso reconocer que la reflexión no es separable de la libertad que en ella se encarna. Estamos aquí en presencia del misterio central de nuestro ser. Porque nuestra libertad es nosotros mismos, y a determinadas horas puede parecerse inaccesible. Todo pasa entonces como si un abismo estrecho pero infranqueable nos separase de ella, como si

no pudiésemos alcanzarla (RI, 69). Tocamos entonces la más secreta, la más íntima articulación del ser y de la libertad.

Habría que volver sobre el sentido de la noción de lo metaproblemático o del misterio. Cuanto más participamos efectivamente en el ser menos capacidad tenemos de saber o de decir en qué participamos o, más exactamente, menos esta cuestión ofrece sentido para nosotros (RI, 71).

Pudiera parecer que nos hemos alejado mucho de la zona de un análisis concreto por cuyo seno hemos caminado primeramente. Las afirmaciones metafísicas que acabamos de enunciar son, por el contrario, transcribibles en términos de experiencia vivida, e incluso sólo en esta referencia adquieren la plenitud de su significado. Vamos a verlo poniendo en parangón a la fidelidad con el tema de la muerte.

7. La fidelidad y la muerte

No es menos importante observar ahora cómo el misterio de la fidelidad se conjuga con el misterio de la muerte. La fidelidad no se afirma verdaderamente más que allí donde desafía a la ausencia, donde triunfa la ausencia, y en particular de esta ausencia que se nos da –acaso, sin duda, falazmente– como absoluta, y a la que llamamos muerte¹⁴.

“Allí donde se alza indomeñable una fidelidad radical no puede menos de ir acompañada de la perennidad; dicho de otro modo, la fidelidad nunca queda sin respuesta” (HV, 198). La fidelidad absoluta es “la *négation active de la mort*” (HV, 196) que nos hace estar seguros de que la persona ausente está viviendo en nosotros. Así la persona ausente no es sólo un simple recuerdo o una imagen, sino existencia (HV, 198; PA, 68). Y no se trata ciertamente aquí de una “existencia subjetiva”, sino “de una realidad infinitamente más misteriosa”. De nuevo nos sale aquí al encuentro –quizás mejor que nunca– la idea del misterio. La muerte, si la vemos como un “problema”, la objetivamos, la convertimos en “cosa”. Y, evidentemente, la cosa, el objeto, no perdura en el tiempo, no es eterna. De ahí que Marcel exclame con razón ya en 1918: “la cosa es lo que no se conserva; somos mortales en tanto que cosas, no en tanto que cuerpos” (JM, 151).

Además del cuerpo (espacio) el misterio de la muerte coincide con el problema del tiempo tomado en lo más agudo, en lo más paradójico de sí mismo. Sin embargo, la fidelidad, tomada en su esencia metafísica, es decir como misterio, puede aparecernos como el único medio de que disponemos para triunfar eficazmente del tiempo. Pero hay que decir también que esta fidelidad eficaz puede y debe ser una fidelidad creadora. No es un don

¹⁴ Notemos que a Marcel le preocupó siempre el tema de la fidelidad a un ser querido desaparecido, cuestión que trata con bastante frecuencia en sus obras (Véase por ejemplo: RI, 194-195; PA, 66-71; PI, 151...).

previo (“une donnée préliminaire”), sino una prueba cotidiana que se actualiza día a día (HV, 199, adaptado).

La desesperación y la traición nos acechan en todo instante; y la muerte, al cabo de nuestra carrera, como una permanente invitación a la desesperación absoluta, como una incitación a proclamar que nada existe, que nada vale la pena. Quizá sea éste el caso extremo pero, cuando menos, el pensamiento de nuestra muerte, es decir, del único acontecimiento por venir que podemos considerar cierto, puede ejercer sobre nosotros una fascinación tal, que de alguna manera invada por completo nuestro campo de experiencia y extinga nuestras alegrías, y paralice todas nuestras iniciativas.

De momento baste decir que, si concebimos la muerte como un misterio, podemos terminar con aquella frase de Arnaud Chartain, el protagonista de *La Soif*: “Por la muerte nos abriremos a aquello de lo que hemos vivido sobre la tierra” (RI, 195).

Marzo 2000